

BIBLIOTECA DELLA ENCICLOPEDIA ITALIANA

I

BENITO MUSSOLINI

LA DOTTRINA DEL FASCISMO

CON UNA STORIA DEL MOVIMENTO FASCISTA

DI

GIOACCHINO VOLPE

TREVES-TRECCANI-TUMMINELLI
EDIZIONI FRATELLI TREVES – MILANO-ROMA

1980 – x

Reproducción facsimilar de la portadilla de la edición original

I

IDEAS FUNDAMENTALES

1. * Como toda concepción política orgánica, el Fascismo es a la vez acción y pensamiento. Es una acción animada por una doctrina. Esta doctrina ha nacido de determinado sistema de fuerzas históricas, permanece íntimamente ligada a él y le imprime su impulso interior (1). Tiene una forma correspondiente a las contingencias del lugar y de tiempo, pero a la vez tiene un contenido ideal que lo eleva a la categoría de verdad superior en la historia del pensamiento (2).

No se podría obrar espiritualmente sobre el mundo, como voluntad dominante de otras voluntades, sin una concepción de la realidad pasajera y particular sobre la cual es necesario obrar, y de esa otra realidad permanente y universal de la cual la primera toma su ser y su vida. Para conocer a los hombres, es necesario conocer al hombre; para conocer al hombre, es preciso conocer la realidad y sus leyes. No hay concepción del Estado que no sea fundamentalmente una concepción de la vida. Es una filosofía o una intuición, un sistema de ideas que se traducen en una construcción lógica o que se resume en una visión o en una fe, pero es siempre, por lo menos virtualmente, una concepción orgánica del mundo.

2. Tampoco se comprendería el Fascismo en muchas de sus manifestaciones prácticas, ya sea como organización política, como sistema de educación o como disciplina, si no se le considerase en función de su concepción general de la vida. Esta concepción es espiritualista (3). Para el Fascismo, el mundo no es este mundo material que aparece en la superficie, en donde el hombre es un individuo aislado de los demás, existe en sí, y gobernado por una ley natural que lo impulsa instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del Fascismo es un individuo que es nación y patria, una ley moral que une a los individuos y alas generaciones en una tradición y en una misión suprimiendo el instinto de la vida limitada al círculo estrecho del placer, para instaurar en el deber una vida superior, liberada de los límites del tiempo y del espacio; una vida en la cual el individuo, por la abnegación de sí mismo, por el sacrificio de sus intereses particulares, por la muerte misma, realiza esa existencia completamente espiritual que constituye su valor humano.

* En la edición original los diversos incisos carecen de titulares.
(N. del T.)

3. Es, pues, una concepción espiritualista, nacida en la reacción general del presente siglo contra el positivismo materialista y degenerado del siglo XIX. Concepción antipositivista, pero positiva: ni escéptica, ni agnóstica, ni pesimista, ni pasivamente optimista, como lo son generalmente las doctrinas, (todas negativas) que colocan el centro de la vida fuera del hombre que, por su libre voluntad, puede y debe crear su mundo. El Fascismo quiere que el hombre sea activo y que se empeñe en la acción con todas sus energías: lo quiere virilmente consciente de las dificultades reales y presto a desafiarlas. Concibe la vida como una lucha, persuadido que corresponde al hombre conquistar una existencia verdaderamente digna de él, creando ante todo en sí mismo el instrumento (físico, moral e intelectual) necesario para construirla. Y esto es cierto para el individuo, para la nación y para la humanidad (4).

De ahí el alto valor de la cultura en todas sus formas (arte, religión, ciencia) (5) y la gran importancia de la educación. De ahí también el valor esencial del trabajo, por el cual el hombre triunfa sobre la naturaleza y crea el mundo humano (económico, político, moral e intelectual).

4. Esta concepción positiva de la vida es, evidentemente, una concepción ética. Ella engloba toda la realidad, así como la actividad humana que la domina. Ninguna acción escapa al juicio moral; no hay nada en el mundo que pueda ser privado del valor que tienen todas las cosas en función de los fines morales. Por consiguiente, la vida, tal como la concibe el fascista, es grave, austera, religiosa, y vivida completamente en un mundo impulsado por las fuerzas morales responsables del espíritu. El fascista desdeña la vida “cómoda” (6).

5. El Fascismo es una concepción religiosa (7), que considera al hombre en su relación sublime con una ley superior, con una Voluntad objetiva que sobrepasa al individuo particular y lo eleva a la dignidad de miembro consciente de una sociedad espiritual. Los que, en la política religiosa del Régimen Fascista, no han visto más que una cuestión de pura oportunidad, no han comprendido que el Fascismo no es solamente un sistema de gobierno sino también, y ante todo, un sistema de pensamiento.

6. El Fascismo es una concepción histórica en la cual el hombre no es sino en función del proceso espiritual al cual concurre, en el grupo familiar y social, en la nación y en la historia en la que colaboran todas las naciones. De aquí el alto valor de la tradición en las memorias en la lengua, en las costumbres, en las leyes de la vida social

(8). Fuera de la historia, el hombre es nada. Por eso el Fascismo es contrario a todas las abstracciones individualistas, de base materialista, tipo siglo XVIII; y por eso es contrario también a todas las utopías y a todas las innovaciones jacobinas. No cree en la posibilidad de la “felicidad” en la tierra, como lo pretendía la literatura de los economistas del ‘700 y también rechaza todas las concepciones teleológicas, según las cuales, en cierto momento de la historia, el género humano llegaría a un estado de organización definitiva. Tal doctrina es contraria a la historia y a la vida, que es movimiento incesante y perpetuo porvenir. El Fascismo quiere ser, políticamente, una doctrina realista; prácticamente, no aspira más que a resolver los problemas que se plantean históricamente por sí mismos y que, por sí mismos, encuentran o sugieren su solución (9). Para obrar sobre los hombres como sobre la naturaleza, es necesario entrar en el curso de la realidad y hacerse dueño de las fuerzas en acción (10).

7. Antiindividualista, la concepción fascista es para el Estado; y es para el individuo, en cuanto éste se armoniza con el Estado, conciencia y voluntad universal del hombre en su existencia histórica (11). Está en contra del liberalismo clásico, nacido de la necesidad de reaccionar contra el absolutismo, y que ha terminado su función histórica desde que el Estado se ha convertido en la conciencia misma y en la voluntad del pueblo. El liberalismo negaba al Estado como la verdadera realidad del individuo (12). Y si la libertad debe ser el atributo del hombre real, y no del fanteo abstracto en el cual pensaba el liberalismo individualista, el Fascismo está por la libertad. Está por la única libertad que puede considerarse cosa seria, la libertad del Estado y del individuo en el Estado (13). En efecto, para el fascista, todo está en el Estado y nada humano ni espiritual existe y *a fortiori* nada tiene valor fuera del Estado. En tal sentido el Fascismo es totalitario, y el Estado Fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y potencia toda la vida del pueblo (14).

8. Ni individuos, ni grupos (partidos políticos, asociaciones, sindicatos, clases) (15) fuera del Estado. El Fascismo se opone, pues, al marxismo que paraliza el movimiento histórico en la lucha de las clases, e ignora la unidad estatal que funde las clases en una sola realidad económica y moral; y análogamente está en contra del sindicalismo de clase. Pero el Fascismo quiere que, en la órbita del Estado, las exigencias reales que dieron nacimiento al movimiento socialista y sindicalista sean reconocidas, y las hace valer en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado (16).

9. Los individuos forman las clases, según las categorías de intereses; están, sindicatos según las diversas actividades económicas en que se hallan interesados; pero son, ante todo y sobre todo, el Estado. Este no es ni el número ni la suma de los individuos que forman la mayoría de un pueblo. El Fascismo, por lo tanto se opone a la democracia que asimila el pueblo a la mayoría de individuos y lo rebaja a ese nivel (17). Y sin embargo, es la forma más pura de la democracia. Por lo menos, si el pueblo es concebido, como debe serlo, en su aspecto cualitativo y no cuantitativo, si significa la idea más poderosa, por ser la más moral, la más coherente, la más verdadera que se encarna en el pueblo como conciencia y voluntad de un pequeño número o de uno solo, como un ideal que tiende a realizarse en la conciencia y en la voluntad de todos (18). De todos los que, en virtud de la naturaleza o de la historia, forman étnicamente una nación, siguen la misma línea de desarrollo y de formación espiritual, como una sola conciencia y una sola voluntad. Ni raza, ni región geográfica determinada, sino agrupamiento que se perpetúa históricamente, multitud unificada por una idea, que es una voluntad de existencia y de potencia: es conciencia de sí, personalidad (19).

10. Esta personalidad superior es nación en tanto que Estado. No es la nación quien crea al Estado, como en la vieja concepción naturalista, que servía de base a los estudios de los publicistas de los Estados nacionales del siglo XIX. Por el contrario, la nación es creada por el Estado, que da al pueblo, consciente de su propia unidad moral, una voluntad, y por consiguiente una existencia efectiva. El derecho de una nación a la independencia deriva no de una literaria e ideal conciencia de su propio ser, y menos todavía de una situación de hecho, más o menos inconsciente e inerte, sino de una conciencia activa, de una voluntad política que obra y dispuesta a demostrar su derecho: es decir, en una especie de Estado ya *in fieri*. En efecto, el Estado, como voluntad étnica universal, crea el derecho (20).

11. La nación, como Estado, es una realidad ética, que existe y vive en la medida en que se desarrolla. Para ella, el detenerse es morir. Por lo tanto el Estado no es sólo una autoridad que gobierna y da forma legal y valor de vida espiritual a las voluntades individuales, es también un poder que hace valer su voluntad en el exterior, haciendo reconocerla y respetarla; es decir, demostrando por los hechos la universalidad en todas las manifestaciones necesarias de su desarrollo. De ahí la organización y la expansión, por lo menos, virtuales. El Estado puede ser asimilado así a la naturaleza de la voluntad humana, que no reconoce límites a su desenvolvimiento, y prueba su infinidad al realizarse (21).

12. El Estado Fascista, la forma más elevada y más poderosa de la personalidad, es una fuerza, pero una fuerza espiritual. Una fuerza que resume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. No se puede, pues, limitarlo a puras funciones de orden y de tutela, como pretendía el liberalismo. No es un simple mecanismo que limita la esfera de las presuntas libertades individuales. Es una forma, una regla inferior y una disciplina de toda la persona; penetra en la voluntad y en la inteligencia. Su principio –inspiración central de la personalidad humana que vive en comunidad civil- penetra en lo más profundo y se anida en el corazón del hombre de acción como del pensador, del artista como el sabio; es el alma del alma. (22).

13. El Fascismo, en suma, no es sólo creador de leyes y fundador de instituciones; es también educador y promotor de la vida espiritual. Quiere rehacer no las formas de la vida humana, sino el contenido, el hombre, el carácter, la fe. Y con este fin, quiere una disciplina y una autoridad que penetren en los espíritus y reinen en ellos en absoluto. Por eso su insignia es el *haz* de los *lictors*, símbolo de la unidad, de la fuerza y de la justicia.

II

DOCTRINA POLÍTICA Y SOCIAL

1. Cuando en el lejano mes de marzo de 1919, desde las columnas del *Popolo d'Italia*, convoqué a los sobrevivientes de la *intervención* que me habían seguido después de la constitución de los Fascios de Acción Revolucionaria –ocurrida en enero de 1915-, en mi espíritu no existía plan alguno doctrinal específico. Yo aportaba la experiencia vivida en una sola doctrina: la del socialismo de 1903-4 hasta el invierno de 1914, es decir, de unos diez años aproximadamente. Experiencia de partidario y de jefe, y no experiencia de doctrina. Mi doctrina única del socialismo, universalmente aceptada, no existía ya desde 1905, cuando comenzó en Alemania el movimiento revisionista dirigido por Bernstein y cuando, por el contrario, se determinó en el juego alternativo de las tendencias un movimiento revolucionario de izquierda, que en Italia no salió nunca del dominio de las frases, mientras que para el socialismo ruso fue un prelude del bolcheviquismo. Reformismo, revolucionarismo, centrismo, hasta los mismos ecos de esta terminología se han extinguido, mientras que en el gran río del Fascismo encontraréis las corrientes que se desviaron de Sorel, de Peguy, del Lagardelle de *El movimiento socialista*, y de la cohorte de los sindicalistas italianos que, desde 1904 hasta 1914, dieron una nota de novedad en los medios socialistas italianos, ya castrados y cloroformados por la fornicación giolittiana, con las *Páginas Libres*, de Olivetti, *La Lupa*, de Orano, *El Devenir Social*, de Enrico Leone.

En 1919, terminada la guerra, el socialismo estaba muerto ya como doctrina: existía sólo como rencor y no tenía más que una sola posibilidad, sobre todo en Italia: las represalias contra los que habían querido la guerra y debían “expiarla”. El *Popolo d'Italia* llevaba el subtítulo de “diario de los combatientes y de los productores”. La palabra “productores” era ya la expresión de un rumbo mental. El Fascismo no fue el producto de una doctrina elaborada en un gabinete; nació de una necesidad de acción y fue acción; no fue un partido, sino un antipartido y un movimiento, durante los dos primeros años. El nombre que di la organización fijaba sus características. Por otra parte, los que releen las ya marchitas hojas de aquella época, el acta de constitución de los Fascios Italianos de Combate, no encontrarán una doctrina, sino una serie de esbozos, de anticipaciones, de alusiones, que liberadas de la ganga inevitable de las contingencias, debía en seguida, después de varios años, desenvolverse en una serie de posiciones doctrinales que hiciesen del Fascismo una doctrina política bien determinada, en relación con todas las demás doctrinas pasadas o contemporáneas. “si la burguesía, decía yo, entonces, cree encontrar en nosotros pararrayos, se equivoca. Nosotros debemos ir a la cabeza del trabajo... Queremos habituar a las clases obreras a ser capaces de dirigir, aunque sólo fuese para convencerlas de que no es fácil hacer marchar una industria o un comercio. Nosotros combatiremos el “retrogradismo” técnico y espiritual... Si la sucesión del régimen se abre, no debe tomarnos desprevenidos. Debemos correr; y, si el régimen desaparece, seremos nosotros los que debemos ocupar su sitio. El derecho de sucesión nos pertenece, porque somos nosotros los que hemos llevado al país a la guerra y lo hemos conducido a la victoria. La representación política actual no puede bastarnos, nosotros queremos una representación directa de todos los intereses... Se podría objetar a este programa que volvemos a las corporaciones. ¡No importa! ...Yo quisiera, pues, que la asamblea aceptase las reivindicaciones del sindicalismo nacional desde el punto de vista económico...”

¿No es singular que, desde la primera jornada de la Plaza San Sepolcro, retumbase la palabra “corporación”, que en el curso de la Revolución debía significar una de las creaciones legislativas y sociales básicas del Régimen?

2. Los años que precedieron a la Marcha sobre Roma fueron años durante los cuales las necesidades de la acción no permitían investigaciones ni elaboraciones doctrinarias completas. Se batallaba en las ciudades y en las aldeas. Se discutía, pero –lo que es más sagrado e importante-, se moría. Se sabía morir. La doctrina –bien redactada, dividida en capítulos y en párrafos con perfiles de cuidadosas elucubraciones- podía faltar; pero, para suplirla, había algo más decisivo: la fe. Sin embargo, aquellos que rememoren toda aquella actividad desplegada en los libros, los artículos, los votos de los congresos, los discursos grandes y pequeños, los que saben buscar y elegir, hallarán que los fundamentos de la doctrina fueron colocados cuando la batalla estaba en toda su furia. Es precisamente en el curso de esos años cuando el pensamiento fascista se arma, se afina y se organiza. Los problemas del individuo y del Estado; los problemas políticos y sociales; los problemas de la autoridad y de la libertad y los más específicamente nacionales, la lucha contra las doctrinas liberales, democráticas, marxistas, masónicas y las del partido católico popular fueron dirigidas al mismo tiempo que “las expediciones punitivas”. Pero como faltaba el “sistema”, los adversarios de mala fe del Fascismo le negaron toda capacidad de doctrina, cuando la doctrina nacía, es cierto que tumultuosamente, al principio, bajo el aspecto de una negación violenta y dogmática –como ocurre con todas las ideas que comienzan-, después bajo el aspecto positivo de una construcción, que encontraba sucesivamente en el curso de los años 1926, 1927 y 1928, su realización en las leyes y en las instituciones del Régimen.

El Fascismo está hoy netamente individualizado no sólo como régimen, sino también como doctrina. Esta palabra debe ser interpretada en el sentido de que el Fascismo, al ejercer hoy su crítica sobre sí mismo y sobre los demás, tiene su propio e inconfundible punto de vista de referencia –y por consiguiente de dirección- para todos los problemas que, en el dominio de los hechos o de las ideas angustian a todos los pueblos del mundo.

3. Ante todo, el Fascismo, en lo que concierne de una manera general al porvenir y al desarrollo de la humanidad –haciendo abstracción de toda consideración de política actual- no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que oculta una renuncia a la lucha y una cobardía ante el sacrificio. Sólo la guerra lleva al máximo de tensión todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla. Todas las demás pruebas son solamente secundarias y nunca colocan al hombre frente a sí mismo, una doctrina basada en el postulado de la paz, no está ya conforme con el Fascismo ni con el espíritu

del Fascismo, aunque sean aceptadas por la parte restringida de utilidad que puedan tener, en situaciones políticas determinadas, todas las construcciones internacionales que (la historia lo demuestra) se las lleva el viento cuando el sentimiento, el ideal o el interés suscitan la tempestad en la vida misma de los individuos. La orgullosa divisa del escuadrista: *Me ne frego* (No me importa), escrita sobre el vendaje de una herida, no es solamente una profesión de filosofía estoica y el resumen de una doctrina puramente política: es la dedicación a la lucha, la aceptación de los riesgos que ésta comporta; es un nuevo estilo de vida italiano. Es porque el Fascismo acepta, ama la vida, ignora el suicidio y ve en él una cobardía; comprende a la vida como un deber, una elevación, una conquista; la vida debe ser alta y plena; vivida por sí misma, pero sobre todo para los demás, cercanos y lejanos, presentes y futuros.

4. La política demográfica del Régimen es la consecuencia de esas premisas. El fascista ama a su “prójimo”, pero ese “prójimo” no es para él una idea vaga e incoercible: el amor al “prójimo” no suprime las severidades educadoras necesarias, ni con mucha más razón, las diferenciaciones y las distancias. El Fascismo rechaza los abrazos universales, y, viviendo siempre en la comunidad de los pueblos civilizados, los mira a los ojos con atención y desconfianza, los sigue en sus estados de alma y en la evolución de sus intereses y no se deja engañar por las apariencias mudables y falaces.

5. Tal concepción de la vida hace del Fascismo la negación absoluta de esta doctrina que constituía la base del “socialismo” seudo científico o marxista: la doctrina del materialismo histórico, según el cual la historia de la civilización humana no se explicaría más que por las luchas de intereses entre los diferentes grupos sociales y por la transformación de los medios de producción. Nadie piensa en negar que los hechos económicos –descubrimientos de materias primas, nuevos métodos de trabajo, inventos científicos- tengan importancia. Pero pretender que basten para explicar la historia humana, con exclusión de todos los demás factores, es un absurdo; el Fascismo cree ahora y siempre en la santidad y en el heroísmo, es decir, en las acciones en las cuales no obra ningún motivo económico próximo o lejano. La negación del materialismo histórico, según el cual los hombres no serían en la historia más que comparsas que aparecerían y desaparecerían de la superficie, mientras que en las profundidades se agitan trabajan las verdaderas fuerzas directrices, conduce a la negación de la lucha de clases, permanente e ineludible, consecuencia natural de esta concepción economicista de la historia, sobre todo a la negación de la lucha de clases considerada como factor preponderante de las transformaciones sociales. El marxismo, una vez herido en estos dos principios fundamentales de su doctrina, no conserva más que la aspiración sentimental –antigua como la humanidad- de una organización social en la cual deben ser calmados los sufrimientos y los dolores de los más humildes. Pero aquí, el Fascismo rechaza la idea de la “felicidad” económica, que se realizaría socialmente y casi de un modo automático, en un momento dado de la evolución económica, asegurando a todos el máximo de bienestar. El Fascismo rechaza la concepción materialista de una

“felicidad” posible y la abandona a los economistas de la primera mitad del siglo XVIII; por consiguiente, niega la fórmula bienestar=felicidad, que trasformaría a los hombres en animales que no piensan más que en una sola cosa: ser alimentados y engordados, es decir, reducidos a la pura y simple vida vegetativa.

6. Después del marxismo, el Fascismo se bate en brecha contra el conjunto de las ideologías democráticas y las rechaza, tanto en sus premisas teóricas como en sus aplicaciones prácticas. El Fascismo niega que el número, por el solo hecho de ser número, pueda dirigir a la sociedad humana; niega que este número pueda gobernar, por medio de una consulta periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres, que no pueda gobernar, por medio de una consulta periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombre, que no pueden nivelarse, por un hecho mecánico y extrínseco como el sufragio universal. Se pueden definir así los regímenes democráticos: son aquellos en los cuales se da al pueblo, de vez en cuando, la ilusión de ser soberano, mientras la soberanía verdadera y efectiva reside en otras fuerzas, a veces irresponsables y secretas. La democracia es un régimen sin rey, pero con muy numerosos reyes, a veces más exclusivos, más tiránicos y más ruinosos que un solo rey que fuese un tirano. Esto explica por qué el Fascismo, habiendo manifestado siempre, antes de 1922 –por razones de contingencia- tendencias republicanas, ha renunciado a ellas antes de la Marcha sobre Roma, convencido de que la cuestión de formas políticas de un Estado, no es hoy esencial, y que el estudio de las monarquías pasadas y presentes, de las repúblicas pasadas y presentes, demuestra que monarquía y república no deben ser juzgadas como si fueran eternas, sino representando formas en las cuales se manifiestan la evolución política, la historia, la tradición y la psicología de un país determinado. Ahora bien, el Fascismo se eleva por encima de la antítesis monarquía-república sobre la cual se ha retrasado la democracia, cargando a la primera con todas las insuficiencias y presentando a la segunda como un régimen de perfección. Porque se han visto repúblicas profundamente reaccionarias y absolutistas y monarquías que admiten las experiencias políticas y sociales más atrevidas.

7. “La razón, la ciencia, -decía Renán (que tuvo iluminaciones prefascistas), en una de sus *Meditaciones filosóficas*,- son productos de la humanidad, pero querer la razón directamente por el pueblo y a través del pueblo, es una quimera. No es preciso para que exista la razón que la conozca todo el mundo. En todo caso, si esta iniciación debiera hacerse, no se haría por la baja democracia que parece que debe conducir a la extinción de toda cultura superior, y de las más altas disciplinas. El principio según el cual la sociedad no existe más que para el bienestar, y la libertad de los individuos que la componen parece estar conforme con los planes de la naturaleza, planes en los cuales sólo la especie se toda en consideración y el individuo parece ser sacrificado. Es muy de temer que la última palabra de la democracia así entendida (me apresuro a decir que no

se puede entender de otro modo) no sea un estado social en que una masa degenerada no tuviese otras preocupaciones que gozar de los placeres innobles del hombre vulgar”.

Hasta aquí, Renan. El Fascismo rechaza, en la democracia, la absurda mentira convencional de la igualdad política, el espíritu de irresponsabilidad colectiva y el mito de la felicidad y del progreso indefinido. Pero si la democracia puede ser interpretada diferentemente, es decir, si democracia significa no colocar al pueblo al margen del Estado, el Fascismo ha podido ser definido por quien escribe como “democracia organizada, centralizada, autoritaria”.

8. Frente a las doctrinas liberales, el Fascismo está en un estado de oposición absoluta, en el campo de la política y en el de la economía. Es preciso no exagerar –por simples razones de polémica actual- la importancia del liberalismo en el siglo pasado, y, puesto que no fue más que una de las numerosas doctrinas florecidas en ese siglo, hacer de él una religión de la humanidad para todos los tiempos presentes y futuros. El liberalismo no gozó más que de quince años de favor. Nació en 1830, por reacción contra la Santa Alianza que quería retornar a Europa al régimen anterior a 1789, y tuvo su año de esplendor en 1848, cuando el mismo Pío IX fue liberal. Inmediatamente después comenzó la decadencia. Si 1848 fue un año de luz y de poesía, 1849 fue un año de tinieblas y de tragedia. La república romana fue muerta por otra república, la de Francia. El mismo año lanzaba Marx el evangelio de la religión comunista, en su famoso *Manifiesto de los Comunistas*. En 1851, Napoleón III da su golpe de Estado antiliberal y reina en Francia hasta 1870. este fue derribado por un movimiento popular, a continuación de una de las más grandes derrotas militares que registra la historia. El vencedor fue Bismarck, que ignoró siempre la religión de la libertad y sus profetas. Es sintomático que un pueblo de alta civilización, como el pueblo alemán, haya ignorado por completo durante todo el siglo XIX la religión de la libertad. No hubo más que un paréntesis, representado por lo que se ha denominado “el ridículo parlamento de Francfort”, que duró una estación. Alemania ha realizado su unidad nacional fuera del liberalismo, contra el liberalismo, doctrina que parece extraña al espíritu alemán, espíritu esencialmente monárquico, mientras que el liberalismo es la antecámara histórica y lógica de la anarquía. Las etapas de la unidad alemana son las tres guerras de 1864, de 1866 y de 1870, dirigidas por “liberales” como Moltke y Bismarck. En cuanto a la unidad italiana, el liberalismo ha tenido una parte muy inferior al aporte de Mazzini y Garibaldi, que no eran liberales. Sin la intervención del antiliberal Napoleón, nosotros no habiéramos tenido Lombardía y, sin la ayuda del antiliberal Bismarck en Sadowa y en Sedán, es muy probable que no habiéramos tenido a Venecia en 1866 y que en 1870 no habiéramos entrado en Roma. Durante el período de 1870 a 1915, los mismos sacerdotes del nuevo credo acusan el crepúsculo de su religión, que es batida en brecha por el decadentismo en literatura y por el activismo en la práctica. Activismo: es decir nacionalismo, futurismo, Fascismo. El siglo “liberal”, después de haber acumulado una infinidad de nudos gordianos, trata de deshacerlos por la hecatombe de la guerra mundial. Pero ninguna religión impone un sacrificio tan terrible. ¿Tenían sed de sangre los dioses del liberalismo? Ahora, el liberalismo está a punto de cerrar las puertas de sus templos desiertos, porque los pueblos sienten que su agnosticismo en materia económica, su indiferentismo en materia política y moral conducirían, como ya ha

producido, a una ruina segura de los Estados. Por esto todas las experiencias políticas del mundo contemporáneo son antiliberales, y es supremamente ridículo querer clasificarlas fuera de la historia; como si la historia fuese un coto de caza reservado al liberalismo y a sus profesores, como si el liberalismo fuese la palabra definitiva e insuperable de la civilización.

9. Las negaciones fascistas del marxismo, de la democracia y del liberalismo, no deben hacer creer sin embargo que el Fascismo trata de llevar el mundo a lo que era antes de 1789, fecha que es considerada como el año de inauguración del siglo demoliberal. No se retrocede. La doctrina fascista no ha elegido a De Maistre por profeta. El absolutismo monárquico “fue”, como han pasado todas las formas de la eclesiología. “Fueron” los privilegios feudales o las castas encerradas por compartimentos estancos. La idea fascista de autoridad nada tiene que ver con el Estado policial. Un partido que gobierna a una nación “totalitariamente” es un hecho nuevo en la historia. Las referencias y las comparaciones son imposibles. De los escombros de – las doctrinas liberales, comunistas y democráticas, el Fascismo extrae elementos que tienen todavía un valor vital. Conserva lo que se podría llamar hechos adquiridos por la historia y rechaza el resto, es decir la concepción de una doctrina buena para todos los tiempos y para todos los pueblos. Admitiendo que el siglo XIX haya sido el siglo del marxismo, del liberalismo y de la democracia, no quiere decir que el siglo XX deba ser también el siglo del marxismo, del liberalismo y de la democracia. Las doctrinas políticas pasan y los pueblos quedan. Se puede pensar que el siglo actual es el siglo de la autoridad, un siglo fascista; y que, si el siglo XIX fue el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo), se puede pensar que el actual es el siglo “colectivo”, y por consiguiente, el siglo del Estado.

Es perfectamente lógico que una doctrina nueva pueda utilizar los elementos todavía vitales de otras doctrinas. Ninguna doctrina puede pretender una “originalidad” absoluta. Está unida aunque no sea más que históricamente a las otras doctrinas pasadas, a las otras doctrinas futuras. Por eso el comunismo “científico” de Marx está ligado al socialismo utópico de los Fourier, los Owen, los Saint Simon; es así como el liberalismo del siglo XIX se acerca a todo el movimiento iluminista del siglo XVIII y cómo las doctrinas democráticas están ligadas a la Enciclopedia. Toda doctrina tiende a dirigir la actividad de los hombres hacia un objeto determinado; pero la actividad de los hombres obra sobre la doctrina, la transforma, la adapta a las necesidades nuevas o la supera. La misma doctrina debe ser, por lo tanto, no un ejercicio verbal, sino un acto de vida. De ahí, el carácter pragmático del Fascismo, su voluntad de poder, su voluntad de existir, su posición frente al hecho “violencia” y su valor.

10. El principio esencial de la doctrina fascista es la concepción del Estado, de su esencia, de su papel, de sus fines. Para el Fascismo, el Estado es el absoluto ante el

cual los individuos y los grupos no son más que el relativo. Individuos y grupos no son concebibles más que en el Estado. El Estado Liberal no dirige el funcionamiento y el desarrollo material y espiritual de las colectividades, sino que se limita a registrar los resultados. El Estado Fascista es consciente, tiene una voluntad y por eso que está calificado de Estado “ético”. En 1929, decía yo en la Primera Asamblea Quinquenal del Régimen: “Para el Fascismo, el Estado no es el vigilante nocturno que no se ocupa más que de la seguridad personal de los ciudadanos. Tampoco es una organización con fines puramente materiales, como, por ejemplo, garantizar cierto bienestar y relaciones sociales relativamente pacíficas, para lo cual bastaría un Consejo de Administración. No es tampoco una creación de política pura, sin contacto con la realidad material y compleja de la vida de los individuos y la de los pueblos. El Estado, tal como lo concibe el Fascismo y lo realiza, es un hecho espiritual y moral, porque concreta la organización política, jurídica y económica de la nación, y esta organización en su génesis y en su desarrollo es una manifestación del espíritu. El Estado es el garante de la seguridad interior y exterior, pero es también el guardián y el transmisor del espíritu del pueblo, tal como está formado en el curso de los siglos en el idioma, en las costumbres y en la fe.

El Estado no es solamente el presente, sino también el pasado y, sobre todo, el futuro. Es el Estado quien sobrepasando los estrechos límites de las vidas individuales, representa la conciencia inmanente de la nación. Las formas bajo las cuales se presentan los Estado cambian, pero la necesidad subsiste. El Estado es, el que educa a los individuos en las virtudes cívicas, los hace conscientes de su misión y los conduce a la unidad; armoniza sus intereses en la justicia; trasmite las conquistas del pensamiento en el dominio de las ciencias, de las artes, del derecho y de la solidaridad humana; eleva a los hombres de la vida elemental de la tribu a la más alta expresión humana de poder, que es el imperio; trasmite a través de los siglos el nombre de los que murieron por su integridad o por obedecer sus leyes; da como ejemplo y recomienda a las generaciones futuras, a los capitanes que han acrecentado su territorio y a los genios que los iluminaron de gloria. Cuando el sentido del Estado se debilita y prevalecen las tendencias disociadoras y centrífugas de los individuos o de los grupos, las sociedades nacionales entran en el ocaso”.

11. Después de 1919, la evolución política y económica universal ha reforzado más esta posición doctrinal. El Estado se ha convertido en gigante. El Estado es quien puede resolver las contradicciones dramáticas del capitalismo. Lo que se llama la crisis no puede ser resuelto más que por el Estado. ¿Dónde están las sombras de los Jules Simón, que en los albores del liberalismo proclamaban que “el Estado debe trabajar para hacerse inútil y para preparar su dimisión”? ¿Dónde están las sombras de los Mac Culloch, que en la segunda mitad del último siglo, afirmaban que el Estado debe guardarse de gobernar demasiado? ¿Y qué diría en vista de las intervenciones continuas, solicitadas e inevitables del Estado en los asuntos económicos, el inglés Bentham, según el cual la industria no hubiera debido pedir al Estado sino que le dejase la paz, o el alemán Humboldt, según el cual el Estado “ocioso” debe ser considerado el mejor? Es cierto que la segunda generación de los economistas liberales fue menos extremista que

la primera y que el mismo Smith abría la puerta –aunque cautamente- a las intervenciones del Estado en el dominio económico.

Sin quien dice liberalismo dice individuo, quien dice Fascismo dice Estado. Pero el Estado Fascista es único y es una creación original. No es reaccionario, sino revolucionario, en el sentido de que anticipa la solución de determinados problemas universales, planteados en otra parte, -el dominio político por el fraccionamiento de los partidos, por los abusos de poder del parlamentarismo, por la irresponsabilidad de los parlamentarios- en el dominio económico por las funciones sindicales cada vez más numerosas y más potentes, tanto por la parte obrera cuanto por la patronal, a la vez que por sus conflictos y sus alianzas; en el dominio moral, por la necesidad del orden, de la disciplina y la obediencia a las reglas morales de la patria.

El Fascismo quiere que el Estado se fuerte, organizado, y que repose al mismo tiempo en una amplia base popular. El Estado Fascista ha reivindicado para sí el campo de la economía, y a través de las instituciones corporativas, sociales, educativas que ha creado, el sentido del Estado llega hasta a las ramificaciones extremas del país y, en el Estado circulan, encuadradas en sus organizaciones respectivas, todas las fuerzas políticas, económicas y espirituales de la nación. Un Estado que se apoya en millones de individuos que lo reconocen, lo sienten y están prestos a servirle, no es el Estado tiránico del señor medieval. Nada hay de común con los Estados absolutistas anteriores o posteriores a 1789. el individuo en el Estado Fascista no está anulado sino más bien multiplicado, lo mismo que en un regimiento un soldado no está disminuido sino multiplicado por el número de sus compañeros de armas. El Estado Fascista organiza la nación, pero sin embargo, deja los individuos un margen suficiente; ha limitado las libertades inútiles o perjudiciales, pero ha conservado las libertades esenciales.

Quien juzga en este terreno no puede ser el individuo, sino sólo el Estado.

12. El Estado Fascista no permanece indiferente ni frente al hecho religioso, en general, ni frente a esa religión positiva particular que es el catolicismo italiano.

El Estado no tiene una teología, pero tiene una moral. En el Estado Fascista, la religión es considerada como una de las manifestaciones más profundas del espíritu, y, en consecuencia, no solamente es respetada, sino defendida y protegida. El Estado Fascista no se crea un “dios” particular como en un momento quiso hacerlo Robespierre, en el extremo delirio de la Convención; ni trata tampoco menos vanamente de cancelarlo de las almas, como lo hace el bolchevismo. El Fascismo respeta al Dios de los ascetas, de los santos, de los héroes y hasta el Dios a quien ve y ora el corazón ingenuo y primitivo del pueblo.

13. El Estado Fascista es una voluntad de potencia e imperio. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. En la doctrina del Fascismo, el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil, sino espiritual o moral. Se

puede concebir un imperio, es decir una nación, que directa o indirectamente guíe a otras naciones, sin que sea necesaria la conquista de un solo kilómetro cuadrado de territorio. Para el Fascismo, la tendencia al imperio, es decir a la expansión de las naciones, es una manifestación de vitalidad: su contrario, el espíritu sedentario, es un signo de decadencia. Los pueblos que nacen o resucitan son imperialistas, los pueblos que mueren son renunciadores. El Fascismo es la doctrina más adecuada para representar las tendencias, los estados de alma de un pueblo que, como el italiano, resurge después de largos siglos de abandono o de servidumbre extranjera. Pero, el imperio exige disciplina, coordinación de los esfuerzos, deber y sacrificio. Esto explica numerosos aspectos de la acción práctica del Régimen: la dirección impresa a las fuerzas múltiples del Estado, y la severidad necesaria contra los que quieran oponerse a este movimiento espontáneo y fatal de Italia del siglo XX, y oponerse a ello agitando las ideologías superadas del siglo XIX, repudiadas en todas partes donde se han osado realizar grandes experiencias de transformación política y social. En este momento, más que nunca, los pueblos tienen sed de autoridad, de dirección y de orden. Si cada siglo tiene su doctrina, mil indicios demuestran que la del siglo actual es la del Fascismo. El Fascismo es una doctrina de vida, lo demuestra el hecho de que ha suscitado una fe: que la fe ha conquistado las almas, lo demuestra el hecho de que el Fascismo ha tenido sus héroes y sus mártires.

El Fascismo tiene ya en el mundo entero, la universalidad que poseen todas las doctrinas que, al realizarse, representan una época en la historia del espíritu humano.

1932-X-E. F

NOTAS A LA PRIMERA PARTE

(1) “Ahora, el Fascismo italiano, bajo pena de morir, o peor aún, de suicidarse, debe darse un “cuerpo de doctrinas”. No serán, no deben ser una túnica de Neso que nos envuelva para la eternidad, porque el mañana es misterioso e imprevisto, pero debe ser una regla que oriente nuestra actividad política e individual de cada día.

“Yo mismo que las he dictado, soy el primero en reconocer que las tablas modestas de este programa –orientaciones teóricas y prácticas del Fascismo- deben ser revisadas, corregidas, aumentadas y corroboradas, porque por todas partes han sufrido las injurias del tiempo. Yo creo que su base esencial está siempre en los postulados que, durante dos años, han servido como señal de concentración a las tropas del Fascismo italiano, pero partiendo siempre de aquel núcleo primigenio, es tiempo de proceder a una nueva y más vasta elaboración de este programa.

“A este trabajo, vital para el Fascismo, deberían colaborar todos los fascistas de Italia y especialmente los que de las regiones donde –de acuerdo o sin él- se ha llegado a una coexistencia pacífica de los movimientos antagónicos.

“La palabra es un poco fuerte, pero yo quisiera que en los dos meses que nos separan de la Asamblea Nacional fuese creada la filosofía del Fascismo.

“No se trata solamente de preparar los elementos programáticos que servirán de base sólida a la organización del partido donde debe fatalmente concurrir el movimiento fascista; se trata también de destruir la fábula estúpida según la cual en el Fascismo no hay más que seres violentos y no también, como en realidad sucede, espíritus inquietos y meditativos.

“Esta nueva dirección de la actividad fascista no disminuye –estoy muy seguro de ello- ese magnífico espíritu y ese temperamento de combatividad, característica particular del Fascismo. Poblar el cerebro de doctrinas y de convicciones sólidas no significa desarmar sino fortificar y hacer la acción cada vez más potente y consciente. Los soldados que se batan con conocimiento de causa son siempre los mejores. El Fascismo puede tomar como divisa el binomio de Mazzini: “*Pensamiento y Acción*” (Carta a M. Bianchi, 27 de agosto de 1921, en ocasión de la apertura de la Escuela de Propaganda y Cultura Fascistas en Milán; en *Mensajes y Proclamaciones, Messaggi e Proclami*, Milán, libr. D’Italia, 1929, pág. 39)

“Es necesario poner a los fascistas en contacto y hacer de modo que su actividad sea también una actividad de doctrina, una actividad de espíritu y de pensamiento...

“Si nuestros adversarios hubieran asistido a nuestra reunión, se habrían convencido de que el Fascismo no es solamente acción, sino también pensamiento”. (En el Consejo Nacional del Partido Fascista, 8 de agosto de 1924, en el vol. *La Nueva política d’Italia*, IV edición, Milán. Alpes, 1928, páginas 316-7).

(2) “Hoy afirmo que el Fascismo considerado como idea, doctrina, realización, es universal: italiano, en sus instituciones particulares, es universal en su espíritu, y no podría ser de otro modo. El espíritu, por su misma naturaleza, es universal. Por tanto, se puede prever una Europa Fascista, una Europa que se inspire, en sus instituciones de las doctrinas, de la práctica del Fascismo, es decir una Europa que resuelva en un sentido fascista el problema del Estado moderno, del Estado del siglo XX, muy diferente de los Estado que existían en 1789 o que se formaron en seguida. El Fascismo responde hoy a las necesidades de carácter universal. Resuelve, en efecto, el triple problema de las relaciones entre el Estado y el individuo, entre el Estado y las agrupaciones y entre agrupaciones y agrupaciones organizadas.” (*Mensajes para el año IX*, a los Directorios

Federales reunidos en el Palacio Venecia el 27 de octubre de 1930, en *Discorsi del 20*. Milán, Alpes, 1931, pág. 211).

(3) “Este proceso político va acompañado de un proceso filosófico. Si es cierto que la materia ha quedado durante un siglo sobre los altares, hoy es el espíritu el que toma su lugar. Esto es porque todas las manifestaciones que son propias del espíritu democrático son rechazadas –el dejar pasar, la improvisación, la falta de sentimiento de responsabilidad personal, la exaltación del número y de esa misteriosa divinidad que se llama “pueblo”. Todas las creaciones del espíritu, empezando por las creaciones religiosas, están colocadas en el primer plano y nadie se atreve a detenerse sobre las posiciones de ese anticlericalismo que fue durante decenas y decenas de años, en el mundo occidental, la ocupación preferida de la democracia.

“Cuando se dice que Dios vuelve, se quiere afirmar que los valores del espíritu vuelven”. (*Da che parte va il mondo*, en Gerachia a. I. 1922, N° 3; en *Tempa della Rivoluzione Fascista*, Milán, 1930, páginas 34 y 35)

“Hay una zona menos reservada a la investigación que a la meditación de los fines supremos de la vida. Por consiguiente, la ciencia parte de la experiencia, pero termina fatalmente en la filosofía, y en mi opinión, sólo la filosofía puede iluminar a la ciencia y conducirla a la idea universal”. (En el Congreso de Ciencias de Bolonia, 31 de octubre de 1926, en *Discursos* de 1926, Milán, Alpes, 1927, pág. 368.)

“Para ser comprendido, el Movimiento Fascista debe ser considerado en toda su amplitud y en toda su profundidad de fenómeno espiritual. Sus manifestaciones han sido de las más poderosas y de las más decisivas, pero no hay que detenerse en ello. En efecto, el Fascismo italiano no ha sido solamente una revuelta política contra los gobiernos débiles incapaces que habían dejado ir a la decadencia la autoridad del Estado y amenazaban detener a Italia en el camino de su desenvolvimiento, sino también una revuelta espiritual contra viejas ideologías que corrompían los sacros principios de la religión, de la patria y de la familia. Como revuelta espiritual, el Fascismo ha sido expresión directa del pueblo. (*Un mensaje al público inglés*, 5 de enero de 1924, en *Mensajes y Proclamas*. Milán, Librería de Italia, 1929, página 107).

(4) “La lucha está en el origen de todas las cosas, porque la vida está toda llena de contrastes: están en ella el amor y el odio, lo blanco y lo negro, el día y la noche, el bien y el mal, y mientras estos contrastes no encuentren su equilibrio, la lucha será siempre, en el fondo de la naturaleza humana, como una suprema fatalidad.

“Por lo demás, está bien que así sea. Hoy podemos tener la guerra, la lucha económica, la lucha de ideas, pero el día en que no hubiera ya lucha, sería un día de melancolía, de fin, de ruina. Ahora bien, ese día no llegará, precisamente porque la historia se presenta siempre como un panorama cambiante. Si se pretendiese volver a la calma, a la paz a la tranquilidad, se combatirían las tendencias del período dinámico actual. Es preciso prepararse para otras sorpresas, para otras luchas. No habrá período de clama, de paz, mientras los pueblos no se abandonen a un sueño cristiano de fraternidad universal y no puedan tenderse la mano más allá de los océanos y de las montañas. Por mi parte, no creo mucho en este ideal, pero no lo excluyo, porque yo no excluyo nada.” (*Discurso en el Politeama Rossetti de Trieste*, 20 de septiembre 1920; en *Discursos Políticos*. Milán. Establecimiento tipográfico del “Popolo d’Italia”, 1921, pág. 107.)

(5) “Yo entiendo el honor de las naciones por la contribución que han aportado a la cultura de la humanidad.” (*E. Ludwig Conversaciones con Mussolini*. Milán, Mondadori, 1932, pág. 199)

(6) “Yo he llamado al contrario a esta organización: *Fascios italianos de combate*. En esta palabra dura y metálica, estaba todo el programa del Fascismo, ¡tal como yo lo soñaba, tal como yo lo quería, y tal como lo he hecho!

El programa sigue siendo este, camaradas: combatir.

“Para nosotros los fascistas, la vida es un combate continuo e incesante, que aceptamos con una gran desenvoltura, con un gran valor. Con la intrepidez necesaria.” (En Roma: Para el *VIIº aniversario de la fundación de los fascios*, 28 de marzo de 1926; en *Discursos de 1925*, Milán, Alpes, 1927, pág. 98.)

“Hemos aquí nuevamente en la esencia misma de la filosofía fascista. Cuando un filósofo finlandés me rogó recientemente que le diese, en una frase, el sentido del Fascismo, yo escribí en alemán: ¡Nosotros estamos contra la vida cómoda!” (*E. Ludwig: Conversaciones con Mussolini*, Milán, Mondadori, 1932, pág. 190.)

(7) “Si el Fascismo no fuese una fe, ¿cómo daría a sus adeptos el estoicismo y el valor? Solamente una fe que ha alcanzado la elevación de una religión puede sugerir las palabras salidas de los labios ahora exangües de Federico Florido.” (*Lazos de sangre*, en el *Popolo d'Italia* del 19 de enero de 1922; y en *Diuturna*. Milán, Alpes, 1930, pág. 13.)

(8) “La tradición es ciertamente una de las fuerzas espirituales más grandes de los pueblos, en cuanto es una creación sucesiva y constante de su alma”. (*Breve preludeo*, en *Geranchia*, A. I. 1922, Nº I; y en *Tempi della Rivoluzione Fascista*. Milán, Alpes, 1930, pág. 13.)

(9) “Nuestro temperamento nos lleva a encarar el aspecto concreto de los problemas y no sus sublimaciones ideológicas y mística. Por esto volvemos fácilmente al equilibrio.” (*Aspectos del drama*, en el *Popolo d'Italia* del 31 de octubre de 1917; y en *Diuturna*, pág. 86).

“Nuestra batalla es más ingrata, pero es más bella porque nos obliga a no contar más que con nuestras fuerzas. Nosotros hemos hecho pedazos todas las verdades reveladas, nosotros hemos escupido sobre todos los dogmas, nosotros hemos arrojado todos los paraísos, nosotros hemos escarnecido a todos los charlatanes –blancos, rojos y negros- que introducen en el comercio las drogas milagrosas para dar “la felicidad” al género humano. Nosotros no creemos en los programas, ni en los planes, ni en los santos, ni en los apóstoles, y, sobre todo, no creemos en la felicidad, en la salvación, en la tierra prometida.

“Nosotros no creemos en una solución única –sea económica, política o moral-, en una solución simplista de los problemas de la vida, porque -¡oh ilustres beatos de todas las sacristías!- la vida no es lineal y vosotros no la reduciréis jamás a un segmento circunscripto por necesidades primarias.”” (*Es preciso navegar*, en el *Popolo d'Italia*, 1º de enero de 1922, y en *Diuturna*, pág. 233).

(10) “Nosotros no somos ni queremos ser momias perpetuamente inmóviles, con el rostro siempre vuelto hacia el mismo horizonte; tampoco queremos encerrarnos en los estrechos límites de la santurronería subversiva, donde se machacan mecánicamente fórmulas parecidas a las oraciones de las religiones profesadas; pero

somos hombres y hombres vivientes que queremos aportar nuestra contribución, por modesta que sea, a la creación de la historia.” (*Audacia*, en el *Popolo d’Italia*, 15 de noviembre 1914, y en *Diuturna*, pág. 242.)

“Ante las palabras y las ideas de conservación y de renovación, de tradición y de progreso que se pronuncian de derecha a izquierda, no nos aferramos desesperadamente al pasado, como a una última tabla de salvación, ni nos lanzamos de cabeza entre las nieblas seductoras del porvenir.” (*Breve prelude*, 1922, cit. en *Tempi della Rivoluzione Fascista*. Milán, Alpes, 1930, pág. 14.)

“La negación, la inmovilidad eterna, es la condenación. Yo estoy por el movimiento. Yo soy un caminante.” (*E. Ludwig. Conversaciones con Mussolini*, pág. 204.)

(11) “Nosotros somos los primeros en haber afirmado, frente al individualismo demoliberal, que el individuo no existe más que cuando está en el Estado y subordinado a las necesidades de éste, y que a medida que la civilización toma fuerzas cada vez más complejas, la libertad del individuo se restringe cada vez más.” (*En el gran informe del Fascismo* 14 de septiembre de 1920, en *Discursos* de 1929, Milán, Alpes, 1930, pág. 280.)

“El sentido del Estado se agranda en la conciencia de los italianos que sienten que sólo el Estado es la garantía insustituible de su unidad y de su independencia; que solamente el Estado representa la unidad en el porvenir de su estirpe y de su historia.” (*Mensaje del VIIº Aniversario*, 25 de octubre 1929, p. 300.)

“Si en el curso de los ochenta años que han transcurrido, hemos realizado progresos tan importantes, pensad y podréis suponer y aun prever que en cincuenta u ochenta años, el camino recorrido por Italia, por esa Italia que sentimos tan potente, tan llena de savia, será verdaderamente grandioso, sobre todo su subsiste la concordancia entre todos los ciudadanos, si el Estado continúa siendo el árbitro en las diferencias políticas y sociales, si todo está en el Estado y nada fuera de él, porque hoy día no se concibe un individuo fuera del Estado, sino el individuo salvaje, que no puede reivindicar más que la sociedad y las arenas del desierto.” (Discurso en el Senado el 12 de mayo de 1928; en *Discursos* de 1928, pág. 109).

“El Fascismo ha dado al Estado su actividad soberana. Ha reivindicado, contra todos los particularismos de clases y de categorías, el valor ético del Estado; ha dado al gobierno del Estado, reducido al papel de instrumento ejecutivo de la asamblea elegida, su dignidad de representante de la personalidad del Estado y la plenitud de su poder de mando; ha sustraído a la administración a las expresiones de todas las facciones y de todos los intereses.” (*En el Consejo de Estado*, 22 de diciembre de 1928, pág. 358).

(12) “Que no se pretenda negar el carácter moral del Estado Fascista, porque a mí me daría vergüenza hablar desde esta tribuna, si no sintiese que represento la fuerza moral y espiritual del Estado. ¿Qué sería el Estado si no tuviese su espíritu, su moral, lo que da fuerza a sus leyes y gracias a lo cual consigue hacerse obedecer por los ciudadanos?”

“... El Estado Fascista reivindica plenamente su carácter ético: es católico, pero ante todo es fascista, exclusiva y esencialmente Fascista.

“El catolicismo es parte integrante de él, nosotros lo declaramos abiertamente, pero que nadie piense cambiar las cartas por sutilezas filosóficas o metafísicas.” (Discursos en la Cámara de Diputados, 13 de mayo de 1929. *Los Acuerdos de Letrán*, Roma, Librería de Littorio, 1929, pág. 106).

“... Un Estado que es consciente de su misión y que representa a un pueblo en marcha, un Estado que transforma continuamente a ese pueblo hasta en su aspecto físico. El Estado debe decir grandes cosas a ese pueblo, agitar grandes ideas y grandes problemas, y no concentrarse a llevar la administración ordinaria.”

(13) “La concepción de la libertad no es absoluta, porque en la vida nada hay absoluto. La libertad no es un derecho sino un deber. No es un regalo: es una conquista: no es una igualdad: es un privilegio. La concepción de libertad cambia con los momentos. Hay una libertad de los tiempos de paz, que no es la libertad de los tiempos de guerra: hay una libertad de los tiempos de riqueza que no puede concederse en los tiempos de miseria.” (V Aniversario de la fundación de los Fascios, 24 de marzo de 1924; en el volumen *La nueva política de Italia; tomoII, Discursos de 1929*. Milán, Alpes, 1925, pág. 35.)

“En nuestro Estado no falta la libertad al individuo. La tiene en mayor grado que el hombre aislado: puesto que el Estado lo protege, es una parte del Estado. El hombre aislado carece de defensa.” (*E. Ludwig. Conversaciones con Mussolini*, pág. 129.)

(14) “Nosotros anunciamos hoy al mundo entero la creación del poderoso Estado unitario italiano de los Alpes a Sicilia, este Estado se define como democracia centralizada, unitaria, en la cual el pueblo circula cómodamente. En efecto, señores, o introducís el pueblo en la ciudadela del Estado y éste lo defenderá, o permanecerá fuera y lo asaltaré.” (En la Cámara de Diputados, 26 de mayo de 1927, en *Discursos de 1927*, pág. 159.)

“En el Régimen Fascista la unidad de todas las clases, la unidad política, social y moral del pueblo italiano se realiza en el Estado, y solamente en el Estado Fascista.” (En la Cámara de Diputados, 9 de diciembre 1928; *Discursos de 1928*, pág. 333.)

(15) “Nosotros hemos creado el Estado unitario italiano. Pensad que desde el imperio romano, Italia no ha tenido un Estado unitario. Aquí afirmamos de nuevo y solemnemente nuestra doctrina sobre el Estado. Aquí, afirmo nuevamente y con no menor energía, la fórmula de mi discurso en la *Scala* de Milán: *Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado*. (En la Cámara de Diputados, 26 de mayo de 1927; en *Discursos de 1927*, pág. 157.)

(16) “Estamos, pues, en un Estado que controla todas las fuerzas que obran en el seno de la nación. Nosotros controlamos las fuerzas políticas, las fuerzas morales y económicas y estamos, por consiguiente, en pleno Estado Corporativo Fascista...”

“Nosotros representamos un principio nuevo en el mundo: representamos la antítesis neta, categórica, definitiva de la democracia, de la plutocracia, de la masonería, en una palabra, de todos los inmortales principios de 1789.” (*Para la instalación del nuevo Directorio Nacional del Partido*, 7 de abril de 1926; en *Discursos de 1926*, pág. 120.)

“El ministerio de las Corporaciones no es un órgano burocrático, no trata tampoco de sustituir a las organizaciones sindicales en su acción necesariamente autónoma, tratando de encuadrar, seleccionar y mejorar a sus adherentes. El Ministerio de las Corporaciones es un órgano gracias al cual, tanto en el centro como en la periferia, se realiza la corporación integral, se establece el equilibrio entre los intereses y las fuerzas del mundo económico. Esta realización es posible en el terreno del Estado, porque el Estado sólo se levanta por encima de los intereses opuestos de los individuos

y de los grupos, para coordinarlos hacia un fin superior, facilitando esta tarea el hecho de que todas las organizaciones económicas reconocidas, garantizadas y protegidas en el Estado Corporativo, viven en la órbita común del Fascismo: aceptan la concepción doctrinaria y práctica del Fascismo.” (*En la inauguración del Ministerio de las Corporaciones*, 31 de julio de 1926; en *Discursos* de 1926, pág. 259.)

“Nosotros hemos constituido el Estado Corporativo y Fascista, el Estado de la sociedad nacional, el Estado que concentra, controla, armoniza y modera al mismo tiempo los intereses de todas las clases sociales, que se ven protegidas igualmente. Y mientras antes, durante los años del régimen demoliberal, las masas obreras que miraban al Estado con desconfianza, estaban fuera del Estado, estaban contra él y lo consideraban como un enemigo de todos los días y de todas las horas, hoy no hay un italiano que trabaje que no busque su puesto en las corporaciones, en las federaciones, que no quiera ser una molécula viviente de ese grande e inmenso organismo viviente que es el Estado Nacional Corporativo Fascista.” (*Para el IVº Aniversario de la Marcha sobre Roma*, desde el balcón del Palacio Chigi, 28 de octubre de 1926; pág. 340.)

(17) “La guerra ha sido “revolucionaria” en el sentido de que ha liquidado –en ríos de sangre- el siglo de la democracia, el siglo del número, de la mayoría, de la cantidad.” (*De qué lado va el mundo*, en *Gerachia*, 1922 y en *Tempi della Rivoluzione Fascista*, pág. 37).

(18) Véase nota 13.

(19) “Raza: es un sentimiento y no una realidad: tiene el 95 % de sentimiento.” (*Ludwig: Conversaciones con Mussolini*, pág. 75.)

(20) “Una nación existe en cuanto es un pueblo. Un pueblo asciende cuando es numerosos, trabajador y organizado. El poder es la resultante de este trinomio fundamental.” (En la Asamblea General del Régimen, 10 de marzo de 1929; en *Discursos* de 1929, pág. 24.)

“Para nosotros, la nación es sobre todo espíritu y no solamente territorio. Hay Estados que tuvieron inmensos territorios y que no han dejado ninguna señal en la historia de la humanidad. No es solamente el número, porque ha habido en la historia Estados muy pequeños, microscópicos, que han dejado documentos importantes, imperecederos, en el arte y en la filosofía.

“La grandeza de una nación es el conjunto de todas esas energías, de todas esas condiciones. Una nación es grande cuando traduce en la realidad la fuerza de su espíritu.” (*Discursos de Nápoles*, 24 de octubre de 1922; *Los discursos de la Revolución*, Milán, Imperia, 1923, pág. 53.)

“Nosotros queremos unificar la nación en el Estado soberano, que está por encima de todos y quizá contra todos, porque representa la continuidad moral de la nación en la historia. Sin el Estado, la nación no existe; no hay más que agregados humanos, susceptibles de todas las desintegraciones que la historia les puede infligir.” (*En el Consejo Nacional del Partido Fascista*, 8 de agosto de 1924; *La Nueva Política de Italia*, 4 ed. Milán, Alpes, 1928, pág. 319.)

(21) “Yo creo que los pueblos... si quieren vivir, deben desarrollar cierta voluntad de potencia; de otro modo vegetan y serán la presa de un pueblo más fuerte que haya desarrollado más en sí mismo esa voluntad de potencia.” (*Discurso al Senado*, 28 de mayo de 1926.)

(22) “Es el Fascismo el que ha reformado el carácter de los italianos, eliminando de nuestras almas toda escoria impura, templándolas por todos los sacrificios, y dando así al rostro italiano su verdadero aspecto de fuerza y de belleza.” (*Discurso en Pisa*, 25 de mayo de 1926, en *Discursos* de 1926, pág. 193.)

“No está fuera del propósito ilustrar el carácter intrínseco, la significación profunda de la leva fascista. No se trata solamente de una ceremonia sino de un momento importantísimo del sistema de educación y preparación totalitaria e integral del hombre italiano, que la Revolución fascista considera como una de las tareas fundamentales del Estado. Si el Estado no realiza esta tarea, o consiente, de cualquier modo que sea, en que se discuta, pone pura y simplemente en juego su derecho a existir”. (En la Cámara de Diputados, 28 de mayo de 1929; en *Discursos* de 1928, pág. 68.)

Texto digitalizado por:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
Enero 2007